



# Cultura

Coordinación: Pedro Pablo Alonso

La Nueva España

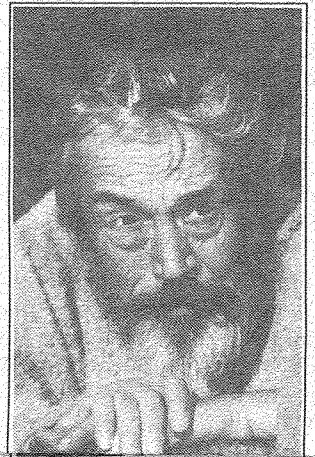
Nº 157  
Viernes, 14 de febrero de 1992



## LITERATURA

Fritz Zorn  
Francis Iles  
Sergio Pitol  
Roger Wolfe  
José Carlos Llop  
William Wharton

## EL MILENIO



Tras la pista  
de Huston  
Manuel G. Cuervo

Página 50

## INEDITOS

Es indiferente  
llamarse Ernesto  
Francisco Sosa Wager  
Página 46

## SUMARIO

Literatura	41-43
Artes	44
Música	45
Comic	48
Televisión	48

## FIRMAS

García Pérez	42
L. F. Chivite	46
Gómez Ojea	47
Sánchez-Ostiz	49
E. Alonso	49

EL PRECIO DE LA TRANSICION  
Gregorio Morán  
Planeta. Barcelona, 1991. 254 páginas

Luis Meana

### I. Contra el método

Es éste un libro, eso hay inmediatamente que advertirlo, que, como algunas películas fuertes, puede herir la sensibilidad del espectador. Casi, casi pornografía política. No sólo porque en él se encuentren algunas de esas, hoy casi increíbles, indecencias de la transición española que usted siempre quiso

saber y nunca se atrevió a preguntar sino, sobre todo, porque no es apto para menores políticos. Se ofrece droga política, no del todo pura, pero sí dura: historias crudas sobre nuestros héroes y tesis duras sobre nuestro paso a la democracia. Libro, por tanto, para estómagos adultos, capaces no sólo de ingerir sino de digerir: dispuestos, más que a tragar verdades molidas, a digerir tonos valorativamente muy personales. En ese preciso sentido es un libro sólo apto para mayores. Y está muy bien que lo sea.

El propósito del libro es mostrarle al lector el escenario de la transición por detrás. Transición a calzón quitado: o sea, lectura no bea-

ta, no babosa, no beatífica, no seráfica, no hagiográfica de la transición. En definitiva, una contrahistoria que acabe con los tabúes y cuentos que, en un proceso de desmemorización colectiva, se han formado y convertido en algo casi constitucional. La transición no fue esa alta operación de ingeniería política, planeada hasta el detalle en cualquier gabinete de planificación, o por un Príncipe sabio y valiente que lo tenía todo en su cabeza y sólo esperaba su momento, que predica la historiografía acartonada, páfida y falaz. Fue, más bien, un proceso de rebotica y alambiques. Milagro más que método.

Pasa a la página siguiente

PABLO GARCIA



**Viene de la página anterior**

Se desenmascara no por mero gusto por desenmascarar. Ni siquiera por patología, como, con la sibilina sugerencia académica, da casi a entender el historiador Tussell en una recensión reciente. Se desenmascara, primero, por cambiar la imagen que se ha constituido ya en histórica sobre transcurso, personas, implicaciones y esencias de la transición. Se desenmascara, sobre todo, para evaluar: para hacer balance de los costos, para saber en qué medida ha sido aportación y en qué rémora para el presente y el futuro.

**2. El Rey que rabió**

Figura emblemática del libro. No por lo que la hagiografía beata habitual dé a entender de él (su visión, su grandeza), sino por todo lo contrario. Es real, podría decirse, precisamente por lo que tiene de mayor y mejor reflejo de lo real que los demás. Por lo que este rehén emblemático ha tenido de **arquetipo** de todo el resto de **rehenes** (clase política, clase periodística, que hacía, no se olvide, la misma transición y estaba tan «pringada» como ella, como puede leerse en documentos majestuosos y hoy casi olvidados del libro). Rehén de un dictador que muere en la cama, de una legitimidad recibida, por instauración, de las manos de una dictadura chusquera, de un pasado histórico lleno de hipotecas. Probablemente, el capítulo mejor del libro (título: Dificultades para la identificación institucional). Por lo que cuenta, por lo que se lee, por lo que implica. A veces, sabroso como un croissant: como la narración ésa de la historia del *Newsweek*, del aristócrata Arnaud de Borchgrave y cómo se deshicieron de Arias Navarro, sin que éste se enterase, con los americanos moviéndose, como dios, entre los pucheros, y con contraseña convenida. Como la narración de las humillaciones, tragedias y marcha histórica de un rey que rabió hasta que llegó a ser lo que no siempre creyó llegar a ser. A modo de resumen: «su táctica se reducía a ser dócil como un heredero, cauto como un prestamista y paciente como un monje». Realidad que no permitía mucho más que una doble vida y una doble cara, o sea, agilidad para el **pasteleo** y **los juegos malabares**: «ser un cándido astuto, un impaciente tranquilo, un calculador descuidado, un ingenuo implacable». Un rey arrastrando una historia como una losa, sin palanca en la que apoyarse por detrás —inexistencia de patrimonio histórico auténtico, falta de una burguesía auténtica, un régimen palurdo, graves hipotecas del pasado (guerra civil, sociedad dictatorial)— y con la imposibilidad por delante: tener que sacarse, por usar la imagen del libro, como el Barón de Münchhausen, de la charca por los pelos. En esas circunstancias, el milagro, o sea la mentira, se instaura, casi necesariamente, como método. Lo que quiere decir, que, hacia afuera, lo político ya no puede ser más que maquillaje; y hacia dentro, **orden siciliano** (capos, familias, trueques, chantajes, repartos).

**3. El Tahúr del Mississippi**

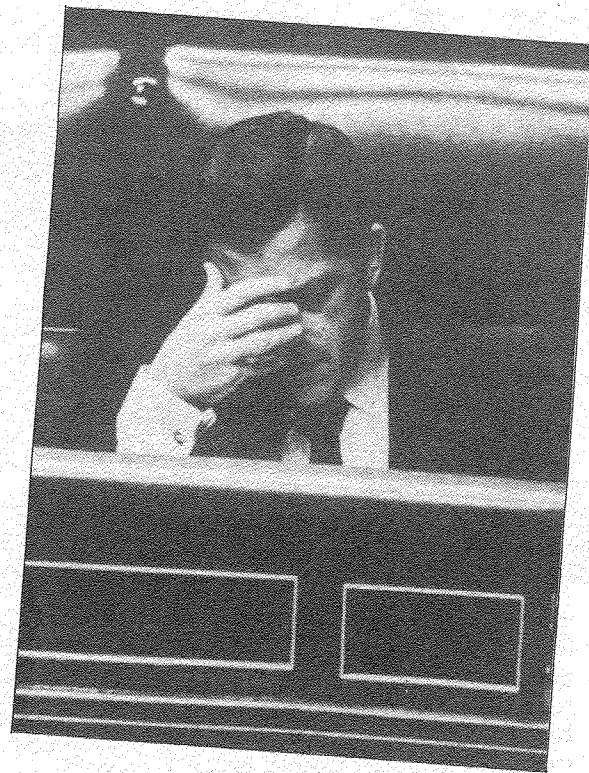
Suárez, creo yo, es clase más que individuo. El capítulo dedi-

cado a Suárez y a la clase política está lleno de apuntes certeros. Algunos merecen cita. Carrillo: «había sobrevivido a todo; guerras civiles y mundiales, exilios, conspiraciones, purgas, enfermedades, fracasos. Una vida sin un solo éxito, pero llevada con una audacia de mimado por los dioses». Suárez: «un magistral prestidigitador que cuando necesitaba un partido lo inventaba, cuando la situación exigía una nueva vía la pintaba, cuando arriesgaba despeñarse descolgaba la escalera sobre las espaldas de alguien». Torcuato: «el maestro de disfraces del régimen. Un sofista de Gijón, que es la definición que mejor le cuadra». Más y mejor le cuadra —con perdón— la definición que dio de él Emilio Romero, que de definiciones sabe mucho: un sujeto en condiciones de hacer un copón medieval de un vaso de duralex. O sea, el inventor de la trampa saducea, que también es más mérito que lo de sofista de Gijón.

De Suárez mismo se pinta un cuadro, mayoritariamente negativo, que no resulta, en su fondo, inadmisibles (hasta se ve, por debajo de la crítica, reconocimiento), pero sí disputable en deta-



«De Suárez mismo se pinta un cuadro, mayoritariamente negativo, que no resulta, en su fondo, inadmisibles pero sí disputable en detalles». Junto a estas líneas, Gregorio Morán.



mente, por la opción zarzuelera. Pero, tenga lo que tenga de eso, tiene también no sólo de rey Lear que divide su reino, sino de hamletiano: de alguien que, en una transformación política acelerada, en conjunto, honrosa y hasta honrada, acaba devorado

por dudas personales y políticas, cuando habría podido dedicarse a jugar a ser estatua del pasado o chupón en algún buen sitio del presente. Quizá vista con una analogía más «rastrera» se entienda mejor la figura: en analogía con lo que fue un día Santana

en el tenis: una muñeca «genial» y prodigiosa, pero unos dientes que denotaban demasiado la sociedad de origen. A la larga, la muñeca es muy poco para acabar con el chusquerismo del fondo.

**4. Sobre el arte de desenmascarar**

Transición es metáfora. Que sólo significa paso, en concreto, transformación política. Del libro se saca, como conclusión de fondo, que el paso se dio con demasiadas hipotecas que afectaron al orden y las esencias democráticas. Esa es la sugerencia de precio que da a entender el título. Según la tesis del libro, muchas de las distorsiones que estamos sufriendo tienen que ver con esas circunstancias del paso, principalmente el consenso. Eso plantea una cuestión previa y otra de fondo. La previa: ¿qué es una transición, la mera instauración de un andamiaje democrático, o el grado/calidad de desarrollo de un tejido democrático? El libro parece inclinarse hacia lo segundo. Cabría preguntar si con eso no se fuerza ya más de lo debido la metáfora.

La de fondo es otra. Si será verdad que las causas de las distorsiones democráticas que observamos se deban, mayormente, a esa forma de paso, o si no se deberán a motivos más hondos, subsistentes por debajo de ese paso histórico. El problema es, en parte, un problema de método: del arte de desenmascaramiento. Esa «contrahistoria» de la transición se realiza fundamentalmente mediante un proceder «periodístico». Y ahí está, me parece a mí, el problema más serio del libro: si esa herramienta puede lograr, en toda su profundidad y trascendencia, el objetivo que persigue la obra. En la lectura del libro se tiene muchas veces la impresión de que las conclusiones, siendo verdaderas, son sólo el trozo de verdad al que puede acceder el método, al que se le escapan otras más importantes que daría un método distinto. Un procedimiento de análisis más complejo y más de orden histórico-sociológico (por llamarlo de alguna manera). A falta de ese método, el análisis cae, con exceso, en voluntarismos o en psicologismos explicativos. Como si el fracaso en la constitución de ese tejido democrático dependiera más de individuos, de hábitos y de voluntades que de raíces socio-estructurales más profundas.

El libro tiene valores de importancia absoluta. No sólo en diagnóstico y radiografía sino, sobre todo, en su actitud. En un ambiente en el que reina la baboseria más repugnante y científica es refrescante ese ángulo de visión y ese espíritu crítico. Impagable. Eso no lo afean ni algunos pequeños errores, como los problemas con las palabras paradójico (página 16) o envite (página 180), que parecen producto de poca corrección o velocidad excesiva de confección, lo que, a veces, también parece afectar al estilo. Un hecho resulta más desolador: que esa actitud tan crítica y ese ángulo tan atractivo no hayan llevado, por falta de mejor método, y por no darle quizás al trabajo más tiempo de maduración y análisis, a aquello para lo que la obra se prestaba: «el» libro completo sobre la transición española.